



LA MADRE ELMINA

Aprendí a admirarla en el elogio con que la mencionaba mi madre que, de menor edad, la conoció y trató. A mi vez, fui testigo de su heróica determinación y he seguido los pasos que ha marcado su vida de renunciamento y de cristiana consagración. Y cuidé de llevar hasta ella a mi hijo para que contara la dicha de conocer una santa.

Impresiona comprobar lo que consiguió hacer con su bondad, con su dulzura, al servicio del designio que firmemente abrazó, ante el caudal en apariencia escaso del medio en que se formó. Me fue dado percibirlo en más de una ocasión. La tengo presente en el rápido reparo que puso a un consejo para salvar una situación mortificante.

-No mi doctorcito, no es posible, porque iría contra las Reglas... E estas Reglas de su Instituto que así ejercitaba, la Madre Elmina las había buscado y adoptado, ya en su tarde, cuando las sombras comienzan a dilatarse y suscitan a un mayor apego a la tranquilidad del vivir.

Viva perenne su puro ejemplo, preciado tesoro de las que la siguen, bendición para nuestro pueblo, al que ha dado inestimable blasón!

Ernesto Padilla

13 – IX - 32